

## OCASIONES PROPINCUAS.

(HUIR DE LAS)

### II.

*Cecus... si cecro ducatum prastet, ambo in  
foseam cadunt.  
Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen  
en la hoya.*

(MATT. XV, 14.)

No se falta á la verdad, hermanos míos, cuando, principalmente en orden á nuestros días, se dice, que la mayor parte de los hombres viven enteramente á ciegas; y en efecto, preguntad á las personas de mundo, que por qué viven así, y no oiréis sin duda á la mayor parte otra respuesta, sino, que por seguir la costumbre. Y ¿no es esto justamente, replico yo, lo que nos dice el santo Evangelio, quiero decir, caminar á tienta y con los ojos cerrados, siguiendo á otros igualmente privados de luz, para caer todos á un tiempo y de improviso, en la horrible y profunda hoya que han hecho delante de sí mismos sin advertirlo? Si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en la hoya. Esto puede decirse en particular con mucha más razon de aquellos cristianos, que presuntuosos y atrevidos, sin temor de pecar, se exponen á todos los riesgos de hacerlo, dejando temerariamente metidos los pies en las innumerables é insidiosas redes que hay tendidas por todo el mundo; y vanagloriándose con una necia seguridad de que no quedarán prendidos en ellas. ¡Oh miserables! ¿qué maravilla es, pues, que inesperadamente y casi sin echarlo de ver, queden hechos presa del cazador enemigo, que ocultamente va preparando y tendiendo sus redes? Metieron en la red sus piés, dice Job, y quedaron presos en ella: *Immisit in rete pedes suos... Tenebitur planta illius laqueo* (Job. XVIII, 8 et 9). Por tanto, para que ninguno de vosotros, amados católicos, caiga incautamente en tales redes por su desgracia, y para que todos se precavan y abran los ojos, he resuelto mostraros hoy el grande peligro de meterse en los peligros; esto es, el gran

peligro á que se expone, quien se mete en los peligros de ofender á Dios. Esto, que parece un juego de palabras, contiene una sólida é importantísima verdad, que acaso no habeis comprendido bien á primera vista; y mi obligacion es el explicárosla con toda caridad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Peligro de pecado grave y ocasion de pecado grave son dos vocablos, que aunque algunos los distinguan como diversos en su significacion más formal y limitada, se pudiera verdaderamente decir, que son una misma ó casi una misma cosa. Sin embargo, he querido usar más bien el primero, que el segundo, para que más fácilmente vengais en conocimiento, en primer lugar, de aquello sobre lo que no pienso hablar propiamente hoy, y despues de aquello sobre lo que quiero hablaros. Protesto pues, ante todo, que mi ánimo no es el de tratar de lo que se llama *ocasion próxima*, y se llamaria mejor *peligro próximo de culpa mortal*; pues por mas que parezca esto un asunto capaz de excitar é inflamar el celo de todos los ministros del Evangelio, ¿con qué mira he de tratar yo de él? ¿con la de instruiros por ventura de lo que es ocasion próxima de pecado? Pero ¿quién de vosotros puede ignorarlo? ¿Quién no sabria decir, que por ocasion próxima de pecar se entiende aquella, en que constituida alguna persona, se tiene por moralmente cierto que incurrirá en pecado, ó externo de obras y palabras, ó interno de complacencias y deseos, examinadas bien todas las circunstancias y segun un juicio prudente?

Acaso seria más necesario é importante que, levantando de repente la voz, me pusiese á intimar á cualquiera que se hallase en el caso, la obligacion indispensable que tiene de alejar la ocasion de st. ó de alejarse él mismo de la ocasion; como tambien á proponerle los motivos por que lo debe hacer, y á rebatir las excusas y descubrir los pretestos con que procura eximirse de hacerlo. Mas, por mucho que yo dijese sobre este punto, ¿podria hablar, ó con más vehemencia, ó con más claridad que habló Jesucristo mismo en su Evangelio? ¿Quereis saber cuál es la obligacion en que os hallais? Héla aquí. Debeis evitar tal ocasion, debeis removerla, abandonarla y huir de ella, por manera que no podeis ya, sin pecar, estar con aquella persona, ni entrar en aquella casa, ni retener aquel libro, ni conservar aquel retrato, ni continuar aquel juego, ni trataros familiarmente con aquel compañero. ¿Se necesita mas para convenceros de la fuerza demasiado funesta y del fatal predominio que tiene sobre vuestro espíritu la ocasion? ¿del ningun auxilio que podeis esperar de la divina gracia, la cual así como no os ha faltado para huir, así tambien

en vano quereis tenerla para resistir á la ocasion? ¿de vuestra misma fragilidad, que en otras ocasiones y tantas otras veces y despues de tantas promesas, experimentasteis tan traidora y falaz? Y fuera de esto, ¿cómo puede ser que volvais á la ocasion próxima y no pequeis, cuando sabéis que, prescindiendo de todo otro pecado, lo es el hecho por sí solo de volver á ella? En una palabra, exclama Jesucristo, saca, arroja, corta: *Brue... projice... abscede...* (MATH. V. 29). Aquí no hay pretexto que valga, ni de incomodidades que os sobrevengan, ni de perjuicios que se os sigan, ni de ganancias que dejeis de tener, ni aún de una buena intencion que os estimule; pues lejos de ser bastante para eximiros, conviene dejarla enteramente y de corazon. *Saca*, aún cuando la estimes tanto como un ojo de la cara; *corta*, aún cuando te sea tan útil como un pié ó una mano; *arroja*, y cuando la hayas arrancado ó sacado, como se arrancaria ó sacaria un ojo, ó cortado, como se cortaria un pié ó una mano, ni aún así cortada ó arrancada la retengas con ningun pretexto, sinó repudiála y despréciala. Pero ¿á qué he de extenderme más sobre este particular, cuando solo serviría esto, en mi dietamen, para disminuir la energia de tan rígido, tan positivo y tan inviolable precepto?

Mas ya he dicho, que no pensaba hablar propiamente de tales ocasiones. Pues ¿de cuáles? De ciertas otras, que no son enteramente próximas, ni tampoco del todo remotas: no enteramente próximas, porque ni es tan evidente el peligro ni tan frecuente el caso de caer; y no del todo remotas, porque ni éste es tan raro, ni aquél tan leve. Por ventura las llamarian algunos teólogos *ocasiones propinquinas*, y deben entenderse aquellas en que no podemos conservarnos inocentes sinó con grande dificultad y cautela. Así pues, bien veis que se distinguen bastante de las próximas y remotas. Se distinguen de las próximas, porque en éstas no podemos absolutamente de ningun modo, ni con mucha, ni con poca dificultad, estar libres de culpa, siendo ellas pecado por sí mismas. Se distinguen de las remotas, porque en éstas, no solo podemos estar libres de culpa, sinó que aún lo podemos sin mucha dificultad. Yo diria que son, por valermé de una bellissima frase de la Escritura, justamente como las deliciosas viñas plantadas al rededor de Sodoma y como los arrabales que circundaban á Gomorra: *De vinea sodomorum, vineam eorum, et de suburbanis Gomorrhæ* (DEUTER. XXXII. 52). Viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría yo, ciertas tertulias de juegos y bailes, á las cuales, si no os conduce una intencion manifestamente perversa, os lleva la simpatía é inclinacion: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría, á ciertas representaciones escénicas ó á ciertas nove-

las, en las cuales, si no hay amores claramente obscenos, se pintan demasiado al vivo las pasiones: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría, á ciertas juntas ó á ciertos conventuculos, en los cuales, si no se vitupera abiertamente, se moteja, por lo ménos, la honestidad: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría yo, finalmente, á ciertas amistades, las cuales, si no son pecaminosas, no son de seguro virtuosas. Quien se halla en estas y otras semejantes ocasiones, no diré yo que tiene su residencia en Sodoma ó en Gomorra; pero sí diré, que gusta de tener su morada allí cerca, de pasarse por entre sus viñas y de vivir en sus arrabales. Y si en todo esto que supongo, no cometéis culpa grave, ¿os atreveréis á suponer que no es tampoco grande el riesgo? ¿No reconocereis peligro y grande, en pararos en el distrito de tan impia ciudad, donde se respira casi el mismo aire? ¿dónde se tiene una conducta bastante equívoca ó sospechosa? ¿dónde se habla tambien un idioma muy semejante? ¿Y si un mensaje ó una visita que de allí venga, os lisonjea y os atrae? ¿Y si, cuando otra cosa no sea, por las puertas que están abiertas siempre, se sale á hacer una incursion y se os sorprende? ¿Qué refugio, miserables, qué seguridad tendreis en un país enteramente enemigo? ¿Me explico bastante con esta alegórica locucion de la Escritura?

2. Confieso, hermanos míos, que tengo muy poca práctica de vuestro mundo, el cual aún no he tenido tiempo suficiente para reconocer, cuanto más para tratar; y así no hablo sobre este punto por mucho conocimiento ó mucha experiencia que me lisonjea de tener; mas, si se pone la consideracion en la autoridad de hombres muy graves, que me han hablado de semejante particular; en la autoridad de las sagradas Escrituras, que he examinado; y en la autoridad de los santos Padres, que he consultado, sé que no puedo discurrir de otro modo. Oid qué advertencias y preceptos me dejaron para mi gobierno y conducta, hombres por todos respetos muy estimables, al instruirme desde jovencito en el cumplimiento de mis deberes. A tí, hijo, me decian, no te ha llamado Dios para la soledad ni el desierto, y en desempeño de tu vocacion, deberás tratar con aquel mundo mismo que has abandonado, por haber conocido que era perverso; y aunque no debes tratarlo nunca sinó con el único y santísimo fin de purgarlo de vicios y de estimularlo á la virtud, necesitas, sin embargo, vivir con gran cautela, porque son muchos los peligros y frecuentes los riesgos, y Dios quiera que no haya que llorar las caídas. Ten siempre presente el consejo con que el profeta Baruch creyó confortar á su pueblo, cuando estaba prisionero en Babilonia. «Vosotros vereis, le dijo el profeta, llevar en triunfo por las calles de Babilonia estatuas de oro

y de plata de sus falsos y vanos ídolos, rodeadas de un numerosísimo pueblo que se postra delante de tales deidades: *Videbitis... Deos aureos et argenteos* (BARUCH. VI, 5); mas, no os deslumbreis por toda esta pompa, y acordándoos entónces que sois israelitas, y elevando vuestro corazón á Dios, decidle: Tú solo, Señor, tú solo mereces el tributo de nuestras adoraciones: *Dicite in cordibus vestris: Te oportet adorari Domine* (BARUCH. VI, 5). Este consejo, hijo, añádan, ténlo siempre impreso en tu corazón. Tú verás también en medio del mundo dioses de oro y de plata; esto es, personajes de la más alta clase adornados con estos metales; se te ofrecerán á la vista objetos atractivos y agradables; verás dioses y verás diosas; pero acuérdate entónces de que no lo son y que eres hombre. Una ejemplar y constante modestia refrene celosamente tus ojos; y para que no te deslumbres con semejantes objetos, ármate de prolijas y devotas meditaciones, de frecuentes y severos ayunos, de una continua y rígida austeridad, y, sobre todo, recurre á Dios, encomendándole á él y diciéndole: Tú solo, Señor, tú solo mereces el tributo de nuestras adoraciones. Con tales precauciones creyeron siempre los maestros de espíritu que debían prevenir y confortar á todos los que, por razón de su ministerio, hubiesen de tratar con el mundo para convertirlo; y lo pensaron así, no tanto porque el mundo fuese edificado con el olor de su santidad, cuanto porque no les pervirtiese á ellos mismos la malicia del mundo. En este supuesto, ¿cuánto más necesarias deben creerse tales precauciones para quién trata el mundo, únicamente por gozar del mundo, y se engolfa en medio de todas las diversiones del mundo, disfruta los placeres más delicados del mundo, adopta todos los usos y costumbres del mundo, y concurre á los convites, á los bailes, á los festines, á los espectáculos, á los corrillos y, en suma, á todos los peligros del gran mundo? Pues todo esto suele hacerse, no diré sin haberse aguerriido ni prevenido bien, sino aún sin advertir el más mínimo peligro, exponiéndose á pecho descubierto, no solamente á alguno y alguna vez, sino á cada hora y á todos los riesgos. ¿A quién pues, ó de quién hablaría el Señor, aquel Señor, digo, que sabe de qué masa formó este fragilísimo barro, cuando dijo, que quien se expone al peligro, perece en él? *Qui amat periculum in illo peribit* (ECCLES. III, 27).

Abramos ahora la Escritura. ¿No es cierto, que al tratar con demasiada familiaridad á toda clase de personas, y al mantener con ellas una recíproca correspondencia, se reducen todas las innumerables y gravísimas culpas que cometió aquella nación, que se tenía en otro tiempo por la nación santa y por el pueblo amado de Dios? *Commisti*

*sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum* (PSALM. CV, 35). De aquí es, que descendiendo el Espíritu Santo á darnos lecciones sobre un punto tan esencial en la sociedad humana, ¡válgame Dios y qué sutiles precauciones quiere que tengamos en el trato! «Si hay en algún lugar, dice; muchas mujeres juntas, guárdale bien de detenerte con ellas: *In medio mulierum nolii commorari* (ECCLES. XXXII, 12);» y «si vieres, dice en otra parte, una sola que no sea la tuya, no te sientes en ningún modo á su lado: *Cum aliena muliere ne sedas omnino* (ECCLES. IX, 12).» Además, añade en otro lugar, «si impensadamente encuentras alguna, pon al punto la vista en otra parte y no la mires: *Ne circumspicias* (ECCLES. IX, 8),» y «aún retirare de ella y no te acerques de ninguna manera á los umbrales de su casa: *Longe fac ab ea viam tuam, et ne appropinques foribus domus ejus* (PROV. V, 8).» ¿Qué decís, cristianos, de tantas y tan circunstanciadas sutilezas y sujeciones? ¿Díreis por ventura que esta es una moral demasiado rígida y austera? Pero esta es terminantemente la moral que nos ha revelado Dios mismo en sus infalibles Escrituras.

Y de acuerdo con la Escritura ¿qué no dicen los Padres de la Iglesia, órganos vivos y verdaderos del Espíritu Santo? ¿Cuánto no declaman, cuando se les ofrece tratar de este argumento? ¿cuánto no se enardecen, cuánto no se inflaman? Si hablan de las funciones y bailes, los llaman obras é invenciones del diablo: si de ciertos teatros, comparan al que va á ellos, con el que entra en el templo de un ídolo para abjurar de la fe: si de las pompas, del lujo, de los trajes alegres, del vestir con afectación, dicen que son profanaciones, que son escándalos del cristianismo. De este modo se explican los más santos y más célebres doctores de la Iglesia.

Sin embargo ¿sabeis qué es lo que más me aturde y me llena de espanto? El leer en las historias eclesiásticas las enormes y precipitadas caídas de personas, que por su santidad estaban reputadas en la Iglesia por columnas de la Iglesia misma. Ya he protestado desde el principio, que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado; pero ¿era ocasión próxima aquella que se le presentó casualmente á un discípulo del gran Pacomio, habiendo salido del monasterio, y por la cual renegó de Cristo? ¿Era ocasión próxima aquella que precipitó á un tal Jacobo, célebre anaoreta de las selvas de la Palestina y estupendo obrador de prodigios? Habiendo ido á verle una mujer, para que la libertase de un demonio de que estaba poseída, encontró otro aún peor demonio en su mismo libertador, el cual (¿quién lo creería?) abrasado improvisamente de un impuro fuego, se

dejó arrastrar, tan anciano y santo como era, á quitarle primero su honor, y despues la vida.

¡Oh, Dios mio! ahora es cuando, vuelto á ti, exclamo de todo corazón: sálvame, Señor, pues no se encuentra verdad en los hijos de los hombres, y apenas aparece un santo sobre la tierra: *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus* (PSALM. XI, 2). Ahora es, cuando no puedo ménos de gritar y decir: ¡ah! fuese pues quien temiendo poco los peligros, confia demasiado en sí mismo: *Superbia ejus... plusquam fortitudo ejus* (Isa. XVI, 6). Yo por mí, cristianos, todo horrorizado no sé más que decir con el profeta Zacarías: *aula, oh abeto, porque los cedros han caído: Uivula, abies, quia cecidit cedrus* (ZACH. XI, 2). ¿No se rindieron y cayeron violentamente por el impulso de tales vientos los más fuertes cedros del Líbano? Pues ¿qué será de ti, miserable y frágil abeto, si te ves acometido de semejantes y aún más fatales impulsos? Quiero decir, que hombres encanecidos en las soledades, sumergidos en las meditaciones, extenuados con los ayunos, macilentos con las austeridades, con las carnes despedazadas por los azotes, y aún por tormentos padecidos en defensa de la religión y de la fe, se mostraron tan débiles y flacos en ocasiones, no buscadas de intento ni á las cuales tuviesen ántes inclinación, sinó presentadas por accidente y casualidad; y vosotros, que os habeis criado por ventura con los mayores regalos, que habeis crecido en medio de la abundancia y de las comodidades, que os habeis acostumbrao á una vida mole y delicada, con una sangre en las venas que hierve, con unos sentidos rebeldes que repugnan obedecer, en ocasiones, si no pecaminosas como ahora spongo, ciertamente muy atractivas y lisonjeras, y deseadas y buscadas de propósito; y vosotros, digo, sin embargo de todo esto ¿osareis dar á entender que os mantendreis firmes y constantes? ¡Ah! ¿quién tan intencamente os hace confiar? ¿quién os deslumbra tanto? ¿quién os engaña? ¿de dónde, cómo y de qué se deriva en vosotros esa verdaderamente diabólica y fatal seguridad? ¡Oh, miserables, que aguardo veros algun día olvidados de vosotros mismos y de vuestra salvacion, dormir, como decia Isaías, en medio de vuestros lazos, siendo presa infeliz del demonio, cargados con el peso de la indignacion del Señor! *Dormierunt in capite omnium clarum, sicut cryx illaqueatus: pleni indignatione Domini* (Isa. LI, 20). ¿Qué os queda que hacer, amadísimos oyentes, sinó seguir el consejo que los ángeles destructores de la ínicua Sodoma sugirieron á Lot, y que yo, por último, os sugiero á vosotros?

Acompañado de estos fieles ministros de las divinas venganzas sa-

lió el inocente de la infame ciudad, y al despedirse de él le dijeron amorosamente al oído: «Lot, nosotros te hemos guiado hasta este sitio, y ahora te toca á ti continuar tu viaje. No te creas seguro, por no hallarte ya en Sodoma: aléjate y no te pares en ninguna parte de estos contornos: no vuelvas tampoco la cara atrás: anda aprisa, anda, corre y huye á la cima de aquel monte y sálvate en él (GEN. XIX, 17).» Diciendo las mismas palabras, me volveré yo igualmente al que ó no puso nunca el pié en el reino del pecado, ó si lo puso, lo tiene fuera á esta hora; al que no ha entrado jamás en esta maldita Sodoma, ó habiendo entrado por gran desgracia suya, salió de ella por mayor fortuna. Amadísimos cristianos, ahora que estáis fuera, no queráis ni aún andar en sus contornos. Guardaos de aquí en adelante de acercaros á ella, guardaos de llegar á sus confines, guardaos de mirarla. Para no contraer ilícitas amistades, mortificad las pasiones; para no entreteneros con impuras complacencias, reprimid la curiosidad; para no precipitaros en una vida licenciosa, cuidad mucho de no relajaros; en suma, para no ser pecadores, guardaos de todo lo que sabeis confina con el pecado. Huid, amados fieles, y ponéos en salvo; y para aseguraros, huid á aquel monte santo y divino, Jesucristo, de donde os vendrá el socorro, desde cuya bienaventurada cumbre correrán hasta vosotros aquellos auxilios que os hagan circumspectos, prudentes, cuidadosos, fieles, inmaculados, y dignos un día de la felicidad eterna que os desco.

## DIVISIONES.

OCASIONES.—Nuestra dicha ó nuestra desventura depende frecuentemente de una buena ó mala ocasion.

Hay que prever las ocasiones de nuestra pérdida para evitarlas.

Hay que vigilar acerca de las ocasiones de nuestra conversion para no dejarlas escapar.

OCASIONES PELIGROSAS.—La experiencia de nuestra flaqueza nos las debe hacer temer.

La experiencia de nuestra fortaleza no nos debe impedir de procurrar evitarlas.

La estimacion que debemos hacer de nuestra inocencia debe inducirnos á alejarlas.

OCASIONES PELIGROSAS.—Los que las temen, merecen ser preservados de ellas.

Los que las buscan, merecen que Dios les abandone á ellas.  
Los que se pierden en ellas sin haberlas buscado, son dignos de la misericordia de Dios y de la compasion de los hombres.

**OCASIONES SALUDABLES.**—Cuando no se aprovechan, se corre riesgo de no volverlas á encontrar.

Quando se solicitan, se empeña á Dios á que nos las haga encontrar.

Quando se utilizan, hay facilidad de salvarse.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Gens absque consilio est, et sine prudentia. Utinam sapienter et intelligerent, et novissima providerent.* Deut. xxxii, 28.

*Non derelinquis presumentes de te: et presumentes de se, et de sua virtute gloriantes, humilitas.* Judith. vi, 43.

*Ecce timor Domini, ipsa est sapientia; et recedere à malo, intelligentia.* Job. xxviii, 28.

*Percantem virum iniquum involvet laqueus.* Prov. xxix, 6.

*Precare ante faciem Domini, et minue offendicula.* Eclii. xvii, 22.

*Si abstuleris offendicula tua à facie mea, non commoveberis.* Jerem. iv, 1.

*Si quis ambulaverit in die, non offendit... si autem ambulaverit in nocte, offendit.* Joann. xi, 9, 40.

*Videte autem ne fortè hæc licentia vestra offendiculum fiat infirmis.* I Cor. viii, 9.

Gente es esta sin consejo ni prudencia. ¡Ojalá que tuviesen sabiduría é inteligencia, y previesen sus postrimerías!

No desamparas á los que confían en tí; y abates á los que presumen de sí mismos, y se jactan de su poder.

Mira, la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor, y la inteligencia en apartarse de lo malo.

El hombre pecador é inícuo caerá en su mismo lazo.

Haz oracion ante la presencia del Señor, y remueve las ocasiones de caer.

Si quitas tus escándalos ó ídolos de mi presencia, no serás removido de tu tierra.

El que anda de día no tropieza:... al contrario, quien anda de noche, tropieza.

Pero ciudad de que esta libertad que teneis no sirva de tropiezo á los flacos.

*Omnia sustinemus, ne quod offendiculum demus Evangelio Christi.* I Cor. ix, 42.

Todo lo sufrimos y padecemos por no poner estorbo alguno al Evangelio de Cristo.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ocasion hizo pecar á Eva, y la hizo ser ocasion de pecar á su esposo. Si al presentársele la serpiente hubiese huído, no habria ésta entablado la cuestion sobre el precepto que el Señor les habia impuesto, ni aquella habria pecado; pero, dando oídos á la serpiente, de la curiosidad pasó á la discusion, ésta produjo la tentacion, la cual consuma el pecado (Gen. iii). No perdamos de vista, que de la primera discusion que hubo en el mundo salió, no la luz, sino la ignorancia y la degradacion.

Cuanto importa huir las ocasiones ó peligros de pecar, nos lo enseña la conducta de los ángeles con Lot y su familia. Estos celestiales mensajeros podian haber guardado á Lot del incendio dentro de la misma ciudad de Sodoma, como guardaron en Babilonia á los tres niños de la voracidad de las llamas; pero no habia necesidad de este milagro: bastaba huir para salvarse; por esto los ángeles le cogieron, y por fuerza le sacaron de la ciudad nefanda (Gen. xix).

Puesto el hombre voluntariamente en el peligro, comunmente es abandonado á sus propias fuerzas y cae en el pecado. Así sucedió á Sansón; el cual á más de haber caido en la culpa, cayó tambien en la más odiosa cautividad. En vano dijo con jactancia: saldré como hice antes, y me desembarazaré de ellos (los fariseos); *no advirtiendo*, añade el sagrado texto, *que el Señor se habia retirado de él* (Juec. xvi).

David cayó en un adulterio, y luego en un homicidio, siendo, en consecuencia, víctima de un sin número de calamidades por no haber apartado la vista de Betsabé (II REG. CAP. XI ET SEQ.)

Salomon prevarió; y, aunque tan sábio é ilustrado, llegó á ofrecer incienso á los ídolos, por haberse rodeado de mujeres idólatras (III REG. xi).

Pedro y Judas educados en la escuela de Jesucristo prevarican; aquél negando, á su divino Maestro; éste, vendiéndolo, por haberse puesto voluntariamente en el peligro.

José solo puede evitar un gran pecado, huyendo de su importuna tentadora (GENES. xxxix). Tobías, para salvarse del crimen de idolatría, no tuvo otro medio que el de apartarse de sus conciudadanos (TOB. i). Ezequias, para desterrar enteramente la idolatría de sus Es-

tados, no solo redujo á cenizas todos los idolos y altares que encontró, sino que hizo pedazos la misma serpiente de bronce que Moisés habia construido por órden de Dios; pues los hebreos la habian convertido en idolo, al cual ofrecian culto é incienso (IV REG. c.1p. XXII).

No debemos omitir aquí el doble y diferente resultado que tuvieron los sentimientos idénticos de los apóstoles Pedro y Pablo. Uno y otro se oponen al peligro, Pedro temerariamente, Pablo por inspiracion de Dios: el primero dice: *etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo* (MATTH. XXVI); el segundo dice: *ego alligari, et mori paratus sum* (ACTOR. XXI); sin embargo, Pedro cae en la tentacion por haberse puesto en el peligro confiando en sus fuerzas; mientras Pablo permanece constante en la prueba, porque se expone á ella por inspiracion divina: *alligatus ego Spiritu vado in Jerusalem* (ACTOR. XX).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Ita spirituali fortitudo nobis collata est, non ut precipites, sed ut pavidos tueatur.* S. Cyprian. Epist. 62 de Virg.

*Dormientibus nobis et pigre agentibus, dormire dicitur Deus, suis nos vigiliis et inspectione indignos iudicans.* S. Basil. in Psalm. 29.

*Fugiamus peccato, et à via mala recedamus; si enim fugerimus, etiamsi inter innumerabiles hostes fuerimus, nemo nos laedere poterit; si hoc non fugerimus, etiamsi ad ipsum verticem montium ascenderimus, hostes etiam illie innumerabiles reperiemus.* S. Chrys. Hom. 6 ad Popul.

*Non quisquam sibi proponat et dicat: habere volo quod vincam: hoc est dicere: vivere di-*

La fortaleza de espíritu se nos dispensa, no para proteger á los temerarios, sino á los temerosos y precavidos.

Se dice, en cierto modo, que Dios tambien duerme para ayudar á los que duermen ó á los negligentes, por considerarlos indignos de su vigilancia y proteccion.

Evitemos los pecados, apartémonos del mal camino; porque si huimos, nadie podrá dañarnos, aún cuando nos veamos rodeados de innumerables enemigos; pero si no evitamos los pecados, nos veremos acosados de terribles enemigos, aunque nos remontemos á la cumbre del monte del retiro ó soledad.

Nadie haga consigo esta cuenta, diciendo: quiero tener ocasion de vencer; esto equivale á decir: quie-

*sidero et volo sub ruina.* S. August. lib. de singular. Clerico.

*Incerta victoria est inter hostilia arma pugnare; et impossibilis liberatio est flammis circumdari, et non ardere.* Id., ibid.

*Expedi multo bene timere, quam male fidere; et utilis est ut infirmum se homo cognoscat, ut fortis existat, quam fortis videri velit, et infirmus emergat.* Idem, ibid.

*Non tibi verecundum sit fugere, si palmam desideres obtinere.* Idem, Serm. 250 de Temp.

*Sit mens vigilans, sit undique suspecta, sit ubique sollicita, ut insidiantis laqueos possit præcavere.* S. Gregor. Epist. 15.

ro y deseo vivir en el fondo del precipicio.

El haber de luchar rodeado de armas enemigas hace incierto el triunfo; así como es imposible estar rodeado de llamas sin abrasarse.

Mas vale temer con prudencia, que fiarse con temeridad; y más ventajoso nos es tenernos por flacos, para permanecer fuertes, que presumir de ser fuertes, y salir despues vencidos.

No tengas por cobardía el huir, si desees alcanzar un completo triunfo.

Sea nuestra alma vigilante, de todo desconfiada, en todo solícita, para precaverse de todos los lazos del infernal tentador.

## OCIOSIDAD.

### I.

*Quid hic statis tota die otiosi?  
¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día?  
(MATT. XX, 6.)*

¿Es una reprehensión ó una invitación lo que el Padre de familias dirige á los obreros de nuestro Evangelio? Ambas cosas á la vez; porque les echa su ociosidad en rostro, y les convida al trabajo. ¿Por qué estáis aquí sin trabajar? Esta es la reprehensión: id á trabajar en mi viña; esta es la invitación. Pero, hablando en el sentido literal, ¿á quién se reprende ó invita aquí? Hermanos míos, la ociosidad no se tiene en el mundo por pecado muy grave; pero lo es delante de Dios, y pretendo hoy convencerlos de esta verdad.

Además de la justicia rigurosa, que los teólogos llaman conmutativa, y que no reconocen en Dios para con los hombres, porque Dios nada les debe, ni puede deberles; hay otras tres especies de justicia, que se pueden verificar en Dios, respecto de nosotros, y que lejos de perjudicar su grandeza, son otras tantas perfecciones de su ser. Estas son la justicia vindicativa, la justicia legal, y la justicia distributiva. Justicia vindicativa, por la que castiga el pecado. Justicia legal, que no se distingue de su Providencia, á la que pertenece gobernar los estados del mundo. Y, en fin, justicia distributiva, que distribuye y dá los premios segun los méritos. Nada diré de esta tercera justicia, por no abrazar muchos asuntos, y así solo hablaré de las otras dos, que son las que imponen al hombre una obligación indispensable de trabajar; porque la justicia vindicativa de Dios, por medio del trabajo, toma satisfacción del pecado del hombre, y por este mismo medio la justicia legal conserva y mantiene todos los estados y graduaciones del mundo. La ociosidad es un desorden, porque se opone á estas dos justicias, y mi designio en este día es manifestároslo. Si; pretendo convencerlos de que dos cosas nos obligan al trabajo, y condenan la ociosidad como uno de los más grandes obstáculos de nuestra salvación. Estas son: el pecado, y nuestro estado particular. Nosotros

nacemos todos sujetos al pecado, y vivimos en un cierto estado ó graduación en el mundo: de lo que infiero, que todos debemos trabajar; lo primero, porque somos pecadores; lo segundo, porque vivimos sometidos por nuestro estado á cierto modo de vida. Antes de demostrario, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

4. No es menester otra cosa para conocer, que la ociosidad es un desorden que nos hace culpables delante de Dios, que considerar lo que somos, y cuál es el principio de nuestro origen. Nosotros somos pecadores, y, por consecuencia, todos hemos contraído al nacer una obligación particular que nos sujeta al trabajo. Tú has quebrantado mi precepto, dijo Dios al primer hombre, y por ello te condeno á sufrir el yugo de una vida servil y laboriosa. La tierra no te producirá fruto alguno sino á fuerza de trabajo, no comerás sino un pan de dolor y aflicción; es decir, un pan que hayas regado con el sudor de tu rostro, ántes que pueda servirte de alimento.

La ley del trabajo ha sido establecida para todos los hombres, y es un pesado y sensible yugo para los hijos de Adán. Pero ¿para cuáles hijos de Adán? Para todos, desde el que está ocupando el trono, hasta el vil y humillado en la tierra. Para aquellos que están adornados con la corona y visten púrpura, y para aquellos á quienes reduce su pobreza á vestirse de las más groseras ropas. Esta es toda la extensión de la sentencia ó anatema, si así quereis llamarla, que Dios fulminó; en cuya consecuencia no hay hombre que no deba resolverse á emplear su vida en el trabajo: sea príncipe ó monarca, él es pecador; y debe sufrir la pena que el Criador del universo le ha impuesto.

Este es el partido, amados oyentes, que yo digo debe abrazar todo cristiano. Debe trabajar con un espíritu de penitencia y con deseos de satisfacer á Dios; porque sabe muy bien que es la primera pena de su pecado. ¿Qué es pues lo que en realidad practicamos, cuando, en perjuicio de esta obligación, nos entregamos á una vida blanda y ociosa? Nos rebelamos contra Dios; procuramos sacudir el yugo que su justicia y su providencia nos ha impuesto para que le suframos: nos hacemos como estos orgullosos, de quienes el real profeta expresa excelentemente su carácter, cuando dice, que aunque estén empeñados en cometer todas las injusticias y todos los delitos de los hombres, no quieren ni aún por esta razón, ser participantes de los trabajos de ellos; y que aún siendo los más propensos y arrojados para eximirse de la obediencia que deben á Dios, no dejan de ser los más fieros é indóciles, cuando se trata de obedecer y sufrir sus castigos: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non fla-*

*gellabantur, ideo tenuit eos superbia* (PSALM. LXXII, 5). Por lo que yo os pido que observéis una cosa bien singular en la conducta de Dios: esta sujeción al trabajo es de tal manera la pena de nuestro pecado, que es menester, para aplacar á Dios, que nosotros mismos seamos los ejecutores de ella. En la justicia de los hombres no sucede así, nunca se obliga al delincuente á ejecutar por sí mismo su sentencia; con tal que la padezca ó la sufra, se cree que no se le puede pedir más: pero Dios, que tiene en nosotros un dominio superior y absoluto, quiere, para una reparación más perfecta y más completa del pecado, que nosotros nos encarguemos voluntariamente de su castigo, y que le sirvamos de ministros, para cumplir en nosotros mismos y contra nosotros sus más severos juicios. Y esto se ejecuta por la penitencia, cuya parte más indispensable y racional es la continuación en el trabajo.

¿Qué es pues, vuelvo á decir, el desórden de una vida ociosa? Este es, si se considera bien, una segunda rebelion de la criatura contra su Dios. La primera fué quebrantar y violar la ley, y la segunda es huir el trabajo. Por la primera, dijo el hombre: yo no obedeceré; y por la segunda, añade: yo no sufriré la pena de mi desobediencia. El hombre, pues, dominado y vencido por su desarreglado apetito, despreció á Dios como á soberano; y pasando su vida ociosamente, le desprecia como á juez. ¿Habiais creído, amados oyentes míos, que este pecado tuviera tanta gravedad?

Pero, alguno me dirá: si yo soy rico, ¿por qué me he de sujetar al trabajo, cuando tengo bienes suficientes para vivir? ¿Por qué, me preguntais? Porque todos los bienes del mundo no pueden libertaros de la maldición del pecado, y en la division favorable de los bienes de esta vida que os cayó en suerte, por las órdenes de la Providencia, supuso siempre Dios, que estabais obligados á la ejecucion de la sentencia que fulminó su justicia; porque cuando Dios os dió estas riquezas, nunca intentó derogar sus derechos; y así cuando decís, yo tengo bienes, y por esta razon no debo trabajar, discurreis con tanto error y engaño, como si dijerais: yo tengo riquezas, luego no he de morir; pues la obligacion del trabajo y la necesidad de la muerte tienen en los divinos decretos el mismo lugar. Otro me dirá: yo soy de unas circunstancias tan ilustres y me hallo con unos empleos de tanta elevacion, que no me es decente el trabajar. ¡Oh, y qué consecuencia tan extraña! ¿Por ventura porque eres grande, segun el mundo, no eres tan pecador como los demás? ¿El brillo de tu dignidad borra la mancha de tu origen?

Pero, una vida semejante, me direis tambien, es enojosa: yo os

concederé que es verdad, pero, amado auditorio, ¿es esta una razon justa que podeis alegar contra la esencial obligacion que teneis de trabajar? Este disgusto y molestia que teneis, os serviría de penitencia, y una penitencia que no os debe ser tanto más amable, cuanto no haceis otra en vuestro estado. Vosotros sufrireis tédio y tristezas por Dios, por satisfacer á Dios, y para contraponer vuestras penas á todos los deleites pecaminosos que habeis buscado con ansia y contra la ley de Dios. ¡Precioso tédio! Pues le será agradable á Dios; y aceptando el mismo Señor estas penalidades, sabrá bien, por otra parte, recompenstroslas. Interin, admirad la bondad de nuestro Dios, que respalde hasta en el castigo del hombre. Esta sujeción al trabajo, que os he manifestado como una satisfaccion del pecado, es un preservativo y un remedio; siendo tan grande la misericordia de Dios para con nosotros, que nos hace encontrar en los castigos de su justicia nuestra utilidad y nuestra seguridad. Si, hermanos míos; la aplicacion continua al trabajo es el gran preservativo contra el desenfreno de nuestras pasiones y los desórdenes del pecado. Me empeñaria en vano si intentára persuadirlos esta verdad, cuando por sí misma es evidente. Aun cuando no lo dijera el Espíritu Santo, la experiencia sola nos manifestaría á cada paso, que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

Si en el mundo se encuentra alguna inocencia, ¿dónde se halla, sinó en aquellos en quienes por su estado y pobreza se ve observada inviolablemente la ley del trabajo? Concluyamos ya, amados oyentes, esta primera parte, por el importante aviso que daba S. Jerónimo á uno de sus discípulos: Haced siempre alguna cosa, para que Dios, ó el demonio, os encuentren á toda hora ocupados. Si el demonio os ve trabajando, no intentará acometeros ni tentaros; y si Dios os encuentra aplicados al trabajo, no hallará motivo para castigaros. Si no lo ejecutais así, os haceis delincuentes, porque faltais á una obligacion, que no solo os impuso la cualidad de pecador, sinó tambien la cualidad de hombre, precisado á vivir en el mundo en un estado particular.

2. Es una verdad indisputable, que todos los estados del mundo están sujetos á ciertas obligaciones, cuyo cumplimiento pide trabajo y fatiga; y es tambien verdad, que cuanto más elevado es un estado en el mundo, incluye en sí tantos más cargos, á los cuales es imposible satisfacer sin una aplicacion constante y continua. No hay estado alguno, cuya perfeccion no esté ceñida á una regla que no puede variar, á una conducta uniforme que es forzoso observar, y á unas acciones hechas segun un órden del cual no es permitido dispensarse.

Y como todo lo que lleva consigo este carácter ó carga, es un trabajo y pena para el hombre, las mismas cosas que en otras circunstancias le serian agradables, le fatigan solo porque las manda la ley, y traen ellas el título de obligacion. Ved la prueba de esta máxima en una induccion particular. Considerad la diferencia de edades, y observareis, que así como los mayores y ancianos son en esta sociedad civil los que ordinariamente están encargados del manejo de los negocios para dirigirlos, del mismo modo, por una natural y equitativa razon, están obligados los jóvenes á ponerlos en práctica; y como á aquéllos pertenece conducir y gobernar, la obligacion de éstos es de instruirse y habilitarse. San Agustin, para resolver cual de estos dos trabajos, era de más sujecion y tedio, se hallaba dudoso é indeciso. Poned la consideracion en la diversidad de sexos, y vereis como la administracion de justicia y los oficios militares se ponen á la direccion del hombre, y los cuidados domésticos están reservados por disposicion de Dios para la vigilancia de la mujer; y si os parece este empleo ó encargo de poca consideracion, es porque no conceis ni su importancia, ni su dificultad. Deteneos en las distinciones del nacimiento y la fortuna, y advertireis, que así como los inferiores y desvalidos deben, por necesidad, emplearse en obsequio de los grandes, los grandes, por justicia y caridad, deben proteger á los pequeños; y reparareis tambien, en que así como los ricos están en posesion de disfrutar el trabajo de los pobres, del mismo modo tienen los pobres derecho de aprovecharse de la fatiga de los ricos. Ved pues, que esta es una ley universal para todos los estados del mundo, y que, sin embargo, es proporcionada á la naturaleza de cada uno; pues cada uno de los que acabo de referir, tiene sus obligaciones particulares.

Pero yo aún digo mas; pues pretendo convenceros de que, á proporcion que un estado es más elevado, tiene sobre sí ciertas obligaciones, que no pueden cumplirse sin estar en un continuo trabajo; y para que comprendais mejor este punto, es menester que os desimpresioneis de las falsas ideas que teneis de las cosas y de un error pernicioso en que el mundo os ha tenido tal vez hasta el presente. La gran ceguedad del mundo es creer, que la elevacion, el nacimiento y las dignidades, son otros tantos derechos que adquirimos para poder gozar libremente del reposo y del deleite que para comodidad de la vida ofrece el siglo; pero la fe nos dice todo lo contrario. ¿Qué es una elevada dignidad, sinó una hermosa esclavitud, la cual obliga á un hombre á interesarse por todo un pueblo, del mismo modo que el pueblo está obligado á tomar parte en los intereses del que le gobierna? Sin duda que es una carga mucho más penosa haber de trabajar

uno para todos, que haber de trabajar todos para uno. Dios lo ha dispuesto así por dos razones, que dan á conocer admirablemente el cuidado que tiene de nuestra salvacion. La primera es, porque todas las dignidades y estados del mayor honor y respeto no vengán á ser motivos que fomenten nuestra vanidad. La segunda, que es consecuencia de la primera, para impedir que las grandes fortunas y los más elevados estados de la vida sirvan á excitar la ambicion de los hombres y á conservarla. ¿Qué debemos concluir de esto? Que no hay estado ni profesion en que no sea culpable la ociosidad; y que cuanto más superior es el estado; tanto mayor es el delito.

Comprendedlo de una vez, hermanos míos; no desempeñar ni cumplir con la obligacion del propio estado, vivir en él sin el trabajo que le es particular, es pervertir el órden de las cosas, es ser infiel á la Providencia, es quitarle á su estado el honor que se le debe, y, por una consecuencia necesaria, pero muy terrible, es cargar su conciencia y exponerse á una eterna condenacion.

Acordaos sin cesar del siervo perezoso del Evangelio, y nunca olvidemos la sentencia que pronunció su Señor, haciéndole poner en una oscura prision, atado de pies y manos. Por esto debemos temer ser precipitados en las tinieblas del infierno, porque nada habremos hecho cuando se podia y se debía obrar; y esto es un gran mal. De esto se infiere, amados hermanos, que cada uno, mirando á su condicion y estado, debe aplicarse seriamente á un ejercicio honesto, á un trabajo continuo, y, sobre todo, cristiano. No digais que no sabeis en qué ocuparos; vosotros lo sabreis desde el momento en que de buena fe querais dejar la ociosidad culpable en que estais adormecidos; y por vuestra vigilancia y vuestras obras, merecereis recibir el premio que el Padre de familias dá á los obreros que trabajaron en su viña; ó hablando sin figura, por este medio participareis algun dia de la gloria inmortal que Dios os ha prometido, y que os desca á todos.

## OCIOSIDAD,

### Ó VIDA INÚTIL DEL MUNDO.

#### II.

*Vacatis otio... ite ergo et operamini.*  
Estais holgando... andad y trabajad.  
(Exop. v. 47 et 48.)

Estais ociosos, andad á trabajar: estas son las palabras, en que lle- no de enojo prorumpió Faraon, rey de Egipto, contra los israelitas que gemian bajo su dura servidumbre; y estas son tambien las palabras que, impelido de la caridad, digo á vosotros, que gozais la felicidad de vivir bajo el suave yugo de la ley de Jesueristo. A vosotros dirijo estas palabras, para que aborrezcais un vicio, que ha cundido dema- siado entre los que profesan el cristianismo: un vicio, que, siendo la ruina de los reinos, es al mismo tiempo la más funesta corrupcion de las costumbres: un vicio, que adormece la agricultura y el comercio, fuentes inagotables de la felicidad de los Estados; debilita las manos que ponen en movimiento las fábricas, embolan las ideas que vivifi- can las nobles artes, destempla el gusto que anima los estudios, mira con tedio los penosos afanes del campo, mira con horror los glorio- sos empeños de la navegacion, y omite todas las obligaciones de un honrado ciudadano: un vicio, que, despues de enervar los cuerpos, extenua y mata las almas, desterrando de ellas la divina gracia y las virtudes que la vivifican; que mira con oposicion la fortaleza, indus- tria, laboriosidad, castidad y templanza; repugnando no ménos la ora- cion, la mortificacion cristiana, la caridad con los enfermos y los sanos, la asistencia al templo santo de Dios, á los divinos oficios, á la fre- cuencia de sacramentos, y, en uná palabra, á todas las obligaciones de un buen cristiano; dejándole solo á propósito para entregarse á los desórdenes que acompañan al lujo, á la vanidad, á la molicie, á la destemplanza, á la embriaguez, á los juegos, á los teatros, á los bai- les y á los demás placeres de una vida inútil y ociosa. Si, amados oyentes míos; ya podeis conocer que es la ociosidad este vicio hor-

rendo y formidable de que estoy hablando. Pecado espantoso, que por desgracia ha hecho considerables progresos entre nosotros; sien- do lo más lamentable que se le busca, se le ama, en vez de aborrecer- lo con todas las fuerzas de la voluntad y con toda la aversion del corazon.

Mas, no penseis que mi doctrina se dirige únicamente contra aque- lla infinidad de personas que viven en las grandes poblaciones, y no hacen otra cosa que comer, pasear y dormir, divertirse, murmurar y pervertir á otros. Hay otra ociosidad más delicada, y no sé si diga más pernicioso, que pocos la conocen, y ménos la detestan; y esta es la que acompaña á la vida, toda ocupada y llena de afanes, que lleva la mayor parte de los mortales, que en la presencia de Dios es repu- tada de inútil para el cielo. Contra ésta dirigiré mis palabras, tal vez acompañadas con lágrimas. Oídme atentamente, y Dios quiera hagais en adelante vuestros trabajos fructuosos para la vida eterna. Pidamos esta gracia. A. M.

1. Que vosotros hayais sentido commoverse vuestro corazon contra la ociosidad, mirándola como peste de los pueblos, ruina de los Estados y corruptora de las buenas costumbres, yo no lo dudo; pero, que todo el crímon de una vida ociosa pueda recaer y verificarse en una vida, toda ocupada y laboriosa, sin duda se os habrá hecho duro el oírlo, y os parecerá como imposible el demostrarlo. Nada ménos, amados míos; no hay cosa más fácil que hacer evidente, que la vida muy ocupada que llevan la mayor parte de los mortales, es reputada de- lante de Dios por una vida inútil, y como ociosa para el cielo.

Es cierto, yo convengo en ello, que el trabajador cumple material- mente con el mandato de Dios, intimado á nuestro primer padre Adan y á todos sus descendientes, de comer el pan con el sudor de su rostro; obedece á la letra del Evangelio, que dice: *Contentite intrare per angustam portam* (Luc. xiii, 24): haceos violencia, tra- bajad; afanaos por entrar por la puerta estrecha, pues muchos quer- rán entrar y no podrán; y conociendo que el hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (*Homo nascitur ad laborem*. Jon. v, 7), se afana, suda, y se fatiga, ya cultivando tierra, ya labo- reando las facturas, ya girando en el comercio, ó trabajando en cual- quiera de las muchas obras en que viven ocupados los hombres. En suma, él trabaja; pero, qué es el cielo premio de cualquier tra- bajo de los hombres? Si el trabajo es bueno, sí; Dios lo premiará con el glorioso fruto de la vida eterna, como dice la divina Escritura:

*Bonorum enim laborum gloriosus est fructus* (Sap. iii 15). Si el tra-

bajo es bueno, dice el apóstol S. Pablo, recibirá premio; pero, si el trabajo no es bueno, no recibirá premio alguno, sino castigo. Si el trabajo no es bueno, ó aunque en si sea bueno, si no se hace bien, será consumirse inútilmente con un trabajo necio, será trabajar en vano, será consumir las fuerzas sin esperanza de galardón eterno: *In vacuum laboravi, sine causa et vane fortitudinem meam consumsi* (ISAI. XLIX, 4). Bueno es dar una limosna á un pobre, con la que se socorra su necesidad; pero, si yo la doy por vanidad, ó por otros fines más criminales, aquella obra resultará mala en la presencia de Dios, y por ella no deberé esperar premio, sino castigo. En una palabra, para que el trabajo se reputé meritorio, ha de ser hecho en gracia de Dios, ha de ser hecho por Dios, y ha de ser dirigido por la gracia de Dios. Ved aquí una verdad importantísima, cuyo exámen manifestará hasta la evidencia, que la mayor parte de las vidas ocupadas y fatigosas de los hombres no son más delante de Dios, que unas vidas inútiles, unas vidas sin mérito, y unas vidas ociosas para el cielo.

He dicho y vuelvo á repetirlo, que para que el trabajo no fuera reputado inútil y como ocioso para el cielo, era la primera condición que fuera hecho en gracia de Dios, hallándose el alma libre de pecado mortal, estando en amistad de Dios y adornada de la caridad de Dios. Esta grande verdad de fe nos enseña el apóstol S. Pablo, proponiéndose á sí mismo por modelo, y causando espanto con las grandes imágenes que excitan en el alma sus expresiones sublimes: si yo, decía el santo, hablara con la lengua de los ángeles, si poseyera la ciencia de todos los hombres sabios, si penetrara la profundidad de todos los adorables misterios de la Religión; si con la fuerza de mi fe trastomara los montes, sanara los enfermos y resucitara los muertos; si diera de limosna todas las riquezas del universo y entregara mi cuerpo á los más atroces tormentos; debo saber y confesar que con todas estas grandes acciones, me perdería eternamente sin recurso, si me faltaba la caridad: *Si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam..., nihil sum..., nihil mihi prodest* (I AN. CFR. XIII, 1 ET SEQ.). En una palabra, trabajos heróicos de un grande apóstol, sufrimientos gloriosos, limosnas, abundantes, espantosas austeridades... qué más? prodigios estupendos, milagros asombrosos, todo esto es nada, todo esto no vale nada delante de Dios, cuando no está acompañado de la divina gracia; cuando es hecho por un pecador que se halla en desgracia de Dios y sin caridad: *Nihil sum*.

Esta es la sublime teología del grande apóstol san Pablo; pero,

aunque sublime, la conoce todo natural entendimiento. Escuchadme: para que la vida pueda ser verdaderamente útil, ha de ser, primero, una vida verdadera, y ésta no se halla en un pecador. Todos vosotros sabéis, que el estado de un alma en pecado mortal es un estado de muerte, y en él no se pueden hacer obras de vida eterna. Trabaja y suda como quieras; afana y fatigade días y noches sin dar á tu cuerpo el menor descanso; labra los campos, edifica casas, aplícate en tu taller á las obras peculiares de tu oficio; viaja por los caminos, gira en tus comercios, aplícate á los estudios, escribe muchos libros, gana grandes batallas, conquista provincias y reinos...; todo lo que tú quieras; pero, despues de todo, sabe, que si estás en pecado mortal, todas esas obras, todas esas grandes fatigas son inútiles para el cielo; jamás con ellas adquirirás un solo grado de gloria. Podrás tambien en ese estado hacer algunas buenas obras morales; podrás dar limosnas, rezar tus devociones, llorar y gemir por tus pecados: Dios escuchará tus gemidos, si son verdaderos, y te dará su gracia eficaz; y obrando tú con ella, podrás conseguir la gloria; pero todo lo hecho en el estado de muerte por la culpa, todo quedó ocioso, todo inútil, todo perdido para el cielo. Aún mas: todas las obras anteriormente hechas en gracia de Dios y meritorias de vida eterna, se enervan é inutilizan por el subsiguiente pecado mortal, y solamente vuelven á revivir, cuando el pecado se perdona; pero, si no se perdonara, tambien aquellas quedarían perdidas é inutilizadas para siempre. ¡Verdad terrible! verdad espantosa! pero verdad evidente en las divinas Escrituras. Cuarenta años reinó Saúl, dice el apóstol S. Pablo, y á la verdad, su reinado fué muy laborioso y lleno de grandes acciones: Sin embargo, dice Dios, que reinó solo dos años: *Saul duobus annis regnavit* (I REG. XIII, 1). ¿Y por qué? Por no haber vivido más que dos años como príncipe justo, y Dios no cuenta sino los años en que se vive bien. Saúl, agitado de los cuidados de mantener su corona, cae en un pecado mortal de envidia contra David, y en él persevera por treinta y ocho años. Ved ahí treinta y ocho años perdidos delante de Dios. Saúl muere en su pecado, y con él pierde, no solo los trabajos de su mala vida, sino tambien los méritos que habia adquirido en su vida buena.

¿No es esta á la letra la misma verdad que yo os predico? Pues ahora, amados míos, no quiero mas jueces en esta causa que á vosotros mismos. Dad gloria á Dios y confesad ingenuamente la verdad: ¿habéis pasado la mayor parte de vuestra vida en gracia de Dios, ó en pecado mortal? qué os dice vuestra conciencia? si no queréis temeraria y falsamente contradecirla, ella os convencerá, de que la mayor

parte de vuestra vida la habeis pasado en desgracia de Dios, y, por consiguiente, los trabajos de la mayor parte de vuestros años, todos se han perdido, todos se han inutilizado, todos han sido ociosos para el cielo. Pregunten los labradores á sus mismas confesiones; pregunten los artistas y menestrales; pregunten los dependientes de oficinas y tribunales, pregunten los comerciantes y militares; pregunten los poderosos y mendigos... para qué me canso en individual? Pregunten los cristianos á su misma conciencia, cuántas veces se han acercado con una vida irreprochable y en gracia de Dios al tribunal de la penitencia; y si no quieren mentir al Espíritu Santo, ella responderá sencillamente en obsequio de la verdad, que unos, jurando; otros, maldiciendo; estos, murmurando, y aquellos embriagándose; unos, lujurando; otros, robando; estos, dominados por la soberbia ó la pereza; aquellos, de la envidia ó la avaricia; unos, entregándose á todos los placeres de una vida mundana; otros, malgastando sus haciendas en juegos ilícitos; y casi todos llevando sin paciencia, sin humildad, sin castidad y sin caridad los trabajos de su estado, de su empleo, de su oficio; es rarísimo, rarísimo el que ha tenido una vida inocente ó penitente, como es menester tener, para que sus días sean llenos de buenas obras, y no vacíos y ociosos para el cielo.

2. La segunda condicion que debe acompañar á la vida laboriosa, para que no sea inútil y reputada como ociosa delante de Dios, es que todas sus obras sean hechas por Dios, por la consecucion del cielo, en donde veamos, conozcamos y gocemos á Dios, que es el dichoso fin para que el Señor nos crió. Toda obra, por grande, por brillante que sea delante de los hombres, se reputa por nada delante de Dios, si no fuere hecha con esta pureza de intencion, con este recto y santo fin. Podremos morir cargados de años; pero serán sin ella vacíos de méritos; podremos llegar á la más avanzada ancianidad, dejando á los siglos venideros que relieran con asombro nuestras conquistas, nuestros trabajos literarios, nuestros adelantamientos en las artes; pero, si en todas estas ocupaciones no se encuentra la circunstancia de ser hechas por conseguir el cielo, ya podemos decir con más razon y verdad que el antiguo patriarca Jacob, que el tiempo de nuestra peregrinacion sobre la tierra ha sido malo y corto: *Dies peregrinationis vitæ meæ... pauci et mali* (GEN. XLVII, 9). Por eso la santa Escritura, cuando habla de los justos, dice, que vivieron mucho en poco tiempo, porque todas sus acciones las dirigian á Dios y las hacian por Dios; y pocos dias en ellos se reputaban por muchos años: *Consumatus in brevi, explevit tempora multa* (SAP. IV, 15). Y en cualquiera edad que muriesen, morian siempre llenos de méritos,

porque todo su tiempo se empleó en agradar á Dios, y en procurar el cielo como recompensa de todas sus fatigas y trabajos.

Venid acá, magistrados, militares, artesanos, gentes de negocios, mujeres ricas y pobres, y, en una palabra, dejáos ver cuantos gemis abrumados de la condicion más laboriosa en el mundo; yo os pregunto, ¿será vuestra vida reputada por inútil delante de Dios? ¡Ay de mí! ¿puede ser que á lo ménos lo sea tanto como la vida de los que nada hacen y viven en continua ociosidad! Decidme: ¿es por conseguir el cielo que esa turba inmensa de pretendientes se afana y se fatiga por abalanzarse á los empleos, incomodando á todo el género humano con sus empeños, sus cartas de recomendacion, sus regalos, sus visitas, sus adulaciones? ¿Es por conseguir el cielo que aquel hombre, que no halla tiempo para cuidar de los asuntos domésticos, se encarga de los negocios del público? ¿qué atado á una mesa, pasa la mayor parte de los dias hecho el blanco de los importunos, de los mal contentos y los extranjeros; siempre envuelto, siempre abismado en asuntos difíciles, enojosos, impenetrables? ¿Es por el cielo que el otro navega hasta los términos del mundo; que aquel camina...? pero adónde voy á proceder al infinito? Si no trabajais pues por el cielo, sino por el mundo, el mundo será vuestra recompensa, no el cielo: si habeis trabajado por vuestros herederos, id á ellos para que os paguen vuestros sudores: si habeis trabajado por la ambicion, ella será vuestro premio. A todos vosotros ciertamente se os dirá: *Receperunt mercedem suam* (MATTH. VI, 2).

No quiero decir por esto, y advertirlo bien, que el cielo no sea premio de los trabajos y cuidados que se toman por vivir segun el estado de cada uno y llenar dignamente sus obligaciones. No, señores, no digo eso. Yo bien sé que se trabaja por el cielo, cuando se trabaja por el bien del Estado, por la seguridad del reposo público, por el establecimiento de la familia; siempre que todos estos trabajos sean hechos en gracia de Dios, con la intencion de agradar á Dios y por la ordenacion de Dios; pero, si las pasiones dan el primer impulso al trabajo, si las ideas y caprichos del amor propio son las reglas del trabajo, si la tierra y sus bienes son el objeto y fin del trabajo, ¿estará Dios obligado á recompensarlo? ¿no se reputará como inútil y como ocioso para el cielo?

3. Pero no basta que las obras sean hechas en gracia de Dios y con referencia á Dios; es menester tambien que la gracia de Dios les dé el impulso, las dirija y las acompañe: sin ella no se pueden hacer obras meritorias de vida eterna. No es el cielo, decia el apóstol san Pablo, del que lo quiere, ó del que corre, sino de aquel de quien Dios

se compadece y tiene misericordia. De Dios han de venir los auxilios, no solo para obrar, sino también para querer. Necesitamos pues absolutamente de la divina gracia para las buenas obras; y todas las buenas obras que no van dirigidas por la divina gracia, son inútiles y ociosas para el cielo.

Supuesta así brevemente esta verdad de fe, pregunto á las señoras, ¿es la divina gracia la que las conduce á la tienda del mercader para sacar el corte del vestido más rico y de la moda más reciente, aunque se atrase la casa, aunque se desazone el marido y aunque se dé mal ejemplo á otras mujeres, amantes de la vanidad y sectarias de las modas? ¿Es la divina gracia la que las detiene tantas horas en el tocador, martirizándose á sí mismas, para presentarse luego llenas de orgullo y vanidad en las visitas y paseos? ¿Es la divina gracia la que las conduce á las óperas, á las comedias, á las tragedias, á los saraos, desatendiendo enteramente sus ocupaciones domésticas, el cuidado de sus hijos, la dirección de sus criados y su casa? Sería una blasfemia el afirmarlo. ¿Es la divina gracia la que da el impulso, la que acompaña y dirige los trabajos de los cómicos y las cómicas, los de los toreros, maestros de baile, peluqueros de las damas, y los de las modistas y otros innumerables? No queramos, señores, ser rebeldes á la luz de la verdad: entremos en nuestro corazón, y preguntémosle de buena fe, ¿son todos nuestros trabajos hechos en gracia de Dios? ¿son todos nuestros trabajos hechos con el fin de agradar á Dios? ¿son finalmente nuestros trabajos, dirigidos por la gracia de Dios? Si escuchamos una respuesta favorable, vivamos consolados, y perseverando en nuestros buenos trabajos, será nuestra corona de la vida. Pero si nuestro corazón nos da un testimonio fiel de nuestro mal estado en la mayor parte de nuestros trabajos y fatigas, creamos firmemente que no hemos hecho otra cosa que tejer telas de araña, y ocuparnos en obras inútiles, frívolas y ociosas delante del Señor: *Telas araneas texerunt...; opera eorum, opera inutilia* (Isa. lxx, 3 et 6). Hé ahí lo que se nos dirá en el día triste y terrible de nuestro juicio.

Abramos con tiempo los ojos, y si no queremos ser cortados y arrojados al fuego como árboles infructuosos, ser castigados como obreros perezosos, y ser excluidos de la compañía del celestial Esposo, como las vírgenes necias y descuidadas; procuremos la gracia del Señor, vivamos con la gracia del Señor, y obrémoslo todo á mayor honra y gloria del Señor, á quien sea dada toda alabanza por los siglos de los siglos. Amen.

## DIVISIONES.

**OCIOSIDAD.**—La ociosidad hace al hombre incapaz de resistir á las tentaciones.

La ociosidad priva al hombre de los trabajos de Jesucristo.

**OCIOSIDAD.**—Cuando se vive en la ociosidad, se comete una injusticia contra Dios, quien concede el tiempo para que fructifique.

Quando se vive en la ociosidad, se comete una injusticia contra el prójimo, que tiene necesidad de que se trabaje para él.

Quando se vive en la ociosidad, se comete injusticia consigo, perdiendo grandes méritos.

**OCIOSIDAD.**—El amor de que toda clase de personas debe defenderse, es el amor á la ociosidad.

Todo el mundo ama tanto la ociosidad, que el mayor número de los que no trabajan, no son enemigos del trabajo sino porque aman la ociosidad.

Todo el mundo ama tanto la ociosidad, que el mayor número de los que trabajan, no trabajan sino para ponerse en estado de vivir en la ociosidad.

**OCIOSIDAD.**—Aunque hay un considerable número de personas que viven en la ociosidad y que al parecer no perjudican á nadie, la ociosidad les obliga á grandes restituciones.

Aunque los pobres sean particularmente insoportables cuando viven en la ociosidad, los ricos deben recordar que no son ricos para vivir en la ociosidad.

Aunque toda clase de personas tengan motivo de temer la ociosidad, es particularmente peligrosa á los que son más susceptibles de fragilidad.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* Genes. ii, 15. Tomó pues el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso de delicias, para que le cultivase y guardase.

*Quia audisti vocem uxoris tuae, et comedisti de ligno, ex quo preceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vita tuae.* Genes. II, 17.

*In sudore vultus tui vesceris pane.* Idem ibid. 19.

*Homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum.* Job. v, 7.

*Vade, ad formicam, ó piger, et considera vias ejus, et discce sapientiam; quæ cum non habeat ducem, nec preceptorem, nec principem, parat in aestate cibum sibi, et congregat in mense quod comedat.* Prov. vi, 6.

*Egestatem operata est manus remisso; manus autem fortium divitias parat.* Idem x, 4.

*Per agrum pigri hominis transivi: et per vineam viristulti, et ecce totum repleverant urticae, et operuerunt superficem ejus spinæ, et maceria lapidum destructa erat.* Idem xxiv, 30, 31.

*Dulcis est somnus operanti, sive parum, sive multum comedit; saturitas autem divitis non sinit eum dormire.* Eccles. v, 11.

*Non oderis laboriosa opera, et rusticationem creatam ab Altissimo.* Eccli. vii, 16.

*Bonorum laborum gloriosus est fructus.* Sap. iii, 15.

*Mane semina semen tuum, et vespere ne cesset manus tua; quia necis quid magis oriatur,*

Por cuanto ha escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida.

Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan.

El hombre nace para trabajar y padecer, como el ave para volar.

Anda, ó perezoso, ve á la hormiga, y considera su obrar, y aprende á ser sábio: ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano, y recoge su comida al tiempo de la siega.

La mano desidiosa produce la mendicidad, pero la mano activa acumula riquezas.

Pasé un día por el campo de un perezoso y por la viña de un tonto; y ví que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedras.

Dulcemente duerme el trabajador, ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido; pero está el rico tan repleto de manjares, que no puede dormir.

No aborrezcas el trabajo aunque sea penoso, ni la labranza del campo instituida por el Altísimo.

Glorioso es el fruto de las buenas obras.

Siembra pues tu simiente desde la mañana de tu vida, y no levantes por la tarde tu mano de la la-

*hoc aut illud, et si utrunque simul, melius erit.* Eccles. xi, 6.

*Servo malevolo tortura et compedes mitte illum in operationem, nec vacet; multam enim malitiam docuit otiositas.* Eccli. xxxiii, 28, 29.

*Desideria occidunt pigrum: noluerunt enim quidquam manus ejus operari: tota die concupiscit et desiderat.* Prov. xxi, 25, 26.

*Inutilem servum eiecit in tenebras exteriores.* Matth. xxv, 30.

*Rogamus vos, fratres, ut abundetis magis, et operam detis ut quieti sitis, et ut vestrum negotium agatis, et operemini manibus vestris, sicut precepimus vobis.* I, Thessal. iv, 10.

*Cum essemus apud vos, hoc denunciabamus vobis: quoniam si quis non vult operari, nec manducet.* II, Thessal. iii, 10.

bor, pues que no sabes qué nacerá primero, si esto, ó aquello; que si naciere todo á un tiempo, tanto mejor.

Al siervo de mala inclinacion torturas y cepo: enviale al trabajo para que no esté mano sobre mano; pues es la ociosidad maestra de muchos vicios.

Los deseos consumen al perezoso: pues sus manos no quieren trabajar poco ni mucho: todo el día se le va en apetitos y antojos.

A ese siervo inútil arrojadle á las tinieblas de afuera.

Os rogamos, hermanos mios, que adelantéis más y más en este santo amor, y procuréis vivir quietos, y atended á lo que tengais que hacer, y trabajéis con vuestras manos, conforme os tenemos ordenado.

Aun estando entre vosotros ós intimáhamos esto: quien no quiere trabajar tampoco coma.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Si consultamos la historia más antigua del mundo, ella nos dice que el hombre, así que hubo salido inocente y feliz de las manos de su Criador, fué destinado al trabajo: *Posuit Dominus Deus hominem in paradysum voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* (GENES. II). Pero lo que en el estado de inocencia era solo un entretenimiento, después del pecado fué un castigo, una necesidad: *In sudore vultus tui vesceris pane.* (IDEM. CAP. III). Así vemos que Dios quiso desterrar la ociosidad del hombre, tanto inocente, como pecador.

Mientras Sanson se ocupó en combatir á los filisteos, siempre fué vencedor de los mismos, y los trabajos de la guerra, al paso que le

hacian más robusto, le hacian también más virtuoso: pero, desde el momento en que se entregó á sus ociosos amores con Dalila, se vió rodeado de grandes peligros, que acabaron por encadenarlo y entregarlo en manos de sus enemigos. (Junc. xvi).

David, en el trabajo, en el destierro y en la guerra fué un modelo devalentía, de mansedumbre y de continencia; pero la ociosidad le hizo incontinente, y la incontinencia le hizo cruel. Perdió el respeto al honor, tampoco respetó la vida ajena. (II Reg. xi).

Salomon fué muy devoto y celoso por la gloria de Dios, mientras estuvo ocupado en la fábrica del santo templo y en procurar á labrar la dicha de sus pueblos; pero, apenas se entregó á una vida ociosa, fué idólatra, lujurioso y tirano. (III Reg. xi).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Qui nobis vires idoneas ad laborandum suppeditavit, in die iudicii parem quoque in laborando industriam reposecet.* S. Basil. in Regul. cap. 27.

*Quomodo non odio prosequendum otium, quod formica, et ape pejorem efficit hominem qui, utique initio conditionis suae, positus est in paradiso, ut operaretur et custodiret eum?* Idem, in cap. 4 Isai.

*Nulla sine labore virtus, quia labor processus virtutis est.* S. Ambros., lib. 2 de Cain, cap. 2.

*Facito aliquid operis, ut te semper diabolus inveniat occupatum. Non enim ab illo facile capitur, qui bono vacat exercitio.* S. Hieron. Epist. 4.

*Deus possit hominem ad laborandum, artusque ejus ad hoc effinxit; idcirco otiosus ab*

El que nos ha dado fuerzas bastantes para trabajar, en el día del juicio nos pedirá también cuenta de cuál ha sido nuestra aplicación al trabajo.

¿Quién duda de que hemos de aborrecer la ociosidad, que hace al hombre aún ménos que la hormiga y la abeja, y cuya colocación desde un principio fué en el paraíso, para que lo cultivara y guardara?

Sin trabajo no hay virtud, porque el trabajo es el camino que conduce á todas las virtudes.

Empléate siempre en alguna labor, para que el demonio te encuentre continuamente ocupado: pues no es fácil que sea vencido por el quien trabaja honestamente.

Dios destinó al hombre para trabajar y compaginó sus miembros á este fin: luego el que vive ocio-

*ordine suo et creatione deficit.* S. Chrysost. in II ad Thessal., cap. 3.

*Labor malos mores corrigit.* Idem, in Psalm.

*Laborantibus finis dulcis est.* Idem, Hom. 4 in Math.

*Per hanc otiositatem accendimur frequenter ad luxuriam, per hanc animamur ad superbiam, per hanc ducimur ad mundi gloriam, per hanc tentamur delicate pasti, per hanc suffocamur pretiose vestiti, per hanc ad superfluam dormitionem trahimur, per hanc ad verba secularia ducimur. Numquam quis civis caelorum erit, si otiositatem amaverit.* S. Aug., serm. 16.

*Sine labore non possumus transire aestum hujus saeculi.* S. Gregor. in Regist.

*Homo ad laborem natus est; si refugit laborem, non facit id, ad quod natus est.* S. Bern. in Dec.

*Cum arguantur otiositatis ipsi etiam quos nemo condixit; qui jam conducti sunt, si otiosi inventi fuerint, quid merentur? Fides quippe sine operibus mortua est.* Idem, serm. in Purificatione. B. M. V.

*Otium velut jama vitium demon, ut illicitis cogitationum illecebris etiam purissimas mentes instillet.* Idem, lib. 1 de Consider.

so no corresponde al fin de su creación.

El trabajo corrige las malas costumbres.

La muerte es muy dulce para los que han trabajado cristianamente.

Por causa de la ociosidad se enardece con frecuencia nuestra lujuria, se aumenta la soberbia, nos cautiva el brillo del siglo, somos tentados á causa de nuestra delicadeza en el comer, somos vencidos por nuestra vanidad en el vestir, inclinados á las conversaciones mundanas. De modo, que el que ama la ociosidad, jamás podrá ser ciudadano del cielo.

Sin el trabajo no podemos escapar felizmente del calor que avivan las pasiones en esta vida.

El hombre ha nacido para trabajar y padecer; si huye de esto, no corresponde al fin por el cual nació.

Si son reprendidos por su ociosidad aún aquellos á quienes nadie habia alquilado, ¿qué castigo merecerán los que ya fueron alquilados en la viña del Señor, y no trabajan? Es muy cierto que *la fe sin las obras es como muerta.*

El demonio echa mano de la ociosidad como de una llave, con la cual introduce los pensamientos más impuros en el alma de las personas más inocentes.